

TIPOS DE CARACTERES HUMANOS Y FELICIDAD

Nuria Chinchilla

Maruja Moragas

La finalidad de los IESE Occasional Papers es presentar temas de interés general a un amplio público.

IESE Business School – Universidad de Navarra

Avda. Pearson, 21 – 08034 Barcelona, España. Tel.: (+34) 93 253 42 00 Fax: (+34) 93 253 43 43

Camino del Cerro del Águila, 3 (Ctra. de Castilla, km 5,180) – 28023 Madrid, España. Tel.: (+34) 91 357 08 09 Fax: (+34) 91 357 29 13

Copyright © 2009 IESE Business School.

TIPOS DE CARACTERES HUMANOS Y FELICIDAD

Nuria Chinchilla¹

Maruja Moragas²

Resumen

Los planteamientos individualistas, utilitaristas y hedonistas de esta cultura no son neutros, sino que tienen consecuencias directas en la felicidad de las personas, conduciéndolas a la soledad y al desamor.

La felicidad humana depende de cuán humanos somos, es decir, cuanto más capaces seamos de conocer y amar de modo alineado, equilibrando inteligencia, sentimientos y voluntad, más felices seremos y encontraremos el balance armónico entre lo que aportamos y lo que recibimos de la sociedad.

Palabras clave: equilibrio emocional, relaciones personales, motivación racional.

¹ Profesora, Dirección de Personas en las Organizaciones, IESE

² Colaboradora Científica, Dirección de Personas en las Organizaciones, IESE

TIPOS DE CARACTERES HUMANOS Y FELICIDAD¹

Introducción

Nacemos² para amar y ser amados: el deseo de felicidad está incrustado en nuestro ADN. Solemos identificarlo con el amor, ya que nos hace sentir vivos. Buscamos compañía, placer y amistad porque estamos hechos para estar unos con otros, pero ser feliz depende de nuestra capacidad de saber amar. La felicidad está también vinculada a la esperanza, y su ausencia bloquea el amor y lo sume en el miedo: a la economía, al divorcio, etc., y a llevar una vida fragmentada. Esta ausencia de amor dificulta que una persona se ponga en el lugar del otro, por eso ve sólo desde su propia perspectiva y, al desconocer perfiles de la realidad, puede caer en un malhumor existencial. En la cultura contemporánea se busca el remedio a estos males en el placer o sobrevalorando el yo. Los planteamientos individualistas, utilitaristas y hedonistas de esta cultura no son neutros, sino que tienen consecuencias directas en la felicidad de las personas y, como muestra la experiencia, no sólo no conducen a ella, sino que la llevan a la soledad y al desamor. Si nuestra felicidad depende de que estemos sanos, ¿qué pasará el día que estemos enfermos o seamos viejos? ¿Vamos directos a la infelicidad?

Joan Costa considera que: «Ser feliz se juega en un único ámbito: sentirse querido por los que quiero, ser amado por los que amo». El tipo de carácter que tengamos hará que nuestra felicidad sea una quimera futura o una realidad diaria, presente y disfrutable en cada momento. Basa sus afirmaciones en el estudio de los cuatro caracteres humanos que Aristóteles realiza en su “*Ética a Nicómaco*”³, y que están en relación directa con la felicidad. El ser humano está dotado de inteligencia, pasiones⁴ (emociones, afectos y sentimientos) y de voluntad. A través de la inteligencia conoce la verdad y por la voluntad hace el bien. Las pasiones le llevan a desearlo. En la concepción contemporánea, a diferencia de la aristotélica, no se vincula la libertad con la verdad, sino que tanto la idea de libertad como de bien se asocian a planteamientos subjetivos.

¹ Este documento está basado en las conferencias del Dr. Joan Costa sobre “*El camino de la felicidad y Ser feliz en tiempos de crisis*”, pronunciada en el IESE el 9 de diciembre de 2008.

² Chinchilla, N. y M. Moragas, 2007, “Dueños de nuestro destino: cómo conciliar la vida profesional, familiar y personal”, Ariel, Barcelona, pág. 85.

³ Aristóteles (2007), “*Ética a Nicómaco*”, Alianza Editorial, Madrid.

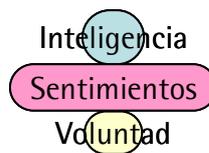
⁴ En adelante las denominaremos sentimientos.

Esto produce diversas opiniones personales sobre cualquier tema, que no coinciden, en muchas ocasiones, con la realidad. En consecuencia, no se comprende que el bien es sí mismo es atractivo y que nos hace felices. Por eso añoramos el mal, y eso nos quita alegría y nos lleva a vivir amargados. Si se añora el mal, uno se contiene para no dar mal ejemplo, pero en el fondo duele no poderlo hacer.

Vamos a repasar, a continuación, esos caracteres.

Los cuatro caracteres humanos

Akolastos



Es el desenfrenado, el disoluto. Coloquialmente se le definiría como “el impresentable”. No distingue lo bueno de lo malo y, como vemos en el gráfico, no ha desarrollado ni la voluntad ni la inteligencia. Por eso sus deseos son depravados y ni se plantea si hacer lo que le gusta es hacer lo que es bueno para él. Es un inmaduro. Siempre quiere más y nunca tiene bastante. Es el perfecto insatisfecho que vive en una situación de insatisfacción existencial, siempre triste porque no posee todo aquello que desea: “¡Cómo es posible que no me hayan dado esto si yo me lo merezco!”. Cada vez desea más cosas, y como no las puede conseguir, está insatisfecho. Es difícil que permanezca en el mercado laboral.

Acrata



Es el inmoderado, el incontinente. Como queda reflejado en el gráfico, el *ácrata* tiene más conocimiento que el *akolastos* y algo más de voluntad, pero sus deseos y gustos desordenados siguen siendo la guía de su acción. No distingue con nitidez lo bueno de lo malo, aunque normalmente sabe que lo que hace es malo, porque tiene una mínima educación intelectual sobre lo que es bueno. El *ácrata* puede ser una persona inteligente, con muchos conocimientos técnicos y experto en su profesión, pero es inmaduro de carácter. No tiene suficiente voluntad para hacer aquello que considera que es bueno. Algunos *ácratas* actúan a regañadientes, y otros directamente ya ni actúan, van de malhumor. No entienden que el bien les conviene y que es un gran beneficio.

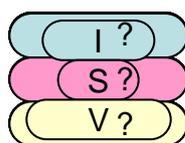
El *ácrata* está convencido de que es feliz, porque hace lo que quiere: si tiene hambre, come, si no le apetece trabajar, no trabaja... Es incapaz de actuar como piensa, porque sus pasiones determinan su comportamiento y esto le rompe por dentro. Sin embargo, al no ser capaz de vivir como piensa, acabará justificándose y pensando de la manera como vive. La falta de voluntad le incapacita para su propio dominio personal, le anula la racionalidad y cede paso a

la motivación espontánea, por lo que acaba haciendo siempre lo que le apetece. Así, es incapaz de darse, de servir a otro, de preocuparse por otra persona y de hacer algo por los demás. Tampoco lo hace por sí mismo. Esta ruptura interior le lleva también a la tristeza, ya que no es capaz de vivir sus propias responsabilidades. Como consecuencia de esto, tendrá crisis y depresiones, y no va a poder afrontar el futuro con confianza, esperanza y amor. Estos tres elementos están interconectados, porque sin esperanza no se es capaz de hacer las cosas y uno se desanima.

El *ácrata* no sabe amar, porque utiliza a los demás tratándoles como a un objeto, una cosa. Esto le lleva a relaciones de posesión y de dominio y, al cosificar al otro, lo convierte en objeto de placer, por lo que le niega su dignidad como persona. Usa al otro, de forma que, cuando ya no le interesa, lo deja. Para el *ácrata* y el *akolastos*, quien no está a la altura de sus gustos, no es digno de su compañía. Son incapaces de tener relaciones duraderas, porque no saben amar, y por tanto, no serán felices. Quien no domina el carácter se queda solo, de forma que “los que quiero, ya no me quieren”, porque nadie se siente amado por una persona que “ama” de esta forma, y le acaban dejando. Cuando alguien no se domina a sí mismo, cualquiera le sirve para sentirse lleno⁵. El resultado es la soledad, porque habrá dejado a muchos por el camino, se hará mayor y ya no será alternativa para nadie. La soledad es la peor insatisfacción y la razón más grave para la infelicidad, porque es no saberse ni sentirse querido.

Atender⁶ sólo a los deseos personales conduce a caer en un amor centrado en uno mismo, en lo que sentimos y en lo que nos pasa, y se ignora que cualquier acto que hagamos, aun los más simples, tienen consecuencias, y que muchas veces no son las que esperábamos que tuvieran. Aparecen efectos no previstos, porque somos dueños de hacer lo que queremos, pero no lo somos de las repercusiones de nuestras acciones, que en ocasiones pueden ser muy graves en nosotros mismos y en los demás.

El *éucrata*



Tal como queda recogido en el gráfico, la imagen externa del *éucrata*⁷ lleva a pensar que inteligencia, sentimientos y voluntad están equilibrados. Sin embargo, la realidad interna es otra. El *éucrata* sabe lo que es bueno y malo, pero los gustos le pueden mucho. Es gente buena, pero hay añoranza del mal. Sabe lo que es bueno y tiene dominio suficiente para no consentir en sus deseos no racionales, aunque muchas veces se deja atraer por ellos. Tiene mayor madurez de carácter y conocimiento intelectual, pero tiene el corazón puesto en cosas que no le convienen. Cumple habitualmente con sus obligaciones y responsabilidades, pero lo hace con el corazón partido por no poder realizar algunos de los deseos que sus sentimientos buscan. Siente la responsabilidad o la obligación como una carga, como una limitación de su libertad y no como una oportunidad de desarrollo y, por tanto, no las vive con alegría.

⁵ Es la misma lógica del divorcio o de la fecundación in vitro, o sea, el otro tiene que ser lo que yo quiero.

⁶ Chinchilla, N. y M., Moragas, obra cit., pág. 87.

⁷ El gráfico hace referencia a que la apariencia externa y la realidad interna del *éucrata* no coinciden, por lo que desconocemos el tamaño real de cada elemento.

Vive quejándose, malhumorado, siente la presencia de los demás como un peso y como una limitación para él y para su felicidad. El *éucrata* ve a las otras personas como ladrones de su tiempo, de sus ilusiones y sus deseos. En las crisis, mira su contexto vital como algo que no le deja ser feliz. No tiene esperanza. Las iniciativas son bloqueadas y, con ellas, las esperanzas. Mira al otro con mirada cansada, con malhumor o sin sonrisa, y de esta forma comunica al otro que su presencia no es grata, y que no es suficientemente querido ni valorado. La ternura, de dinámica parecida a la sonrisa, transmite algo más que un placer, pues transmite que el otro es fuente de mi contento. Así, el *éucrata*, con su falta de alegría y de ternura, da a entender un cierto menosprecio del otro y por eso le acaba humillando. No vive la vida con intensidad, porque no aprovecha las oportunidades que le suponen un cambio en sus planes y no le apetecen, con lo que vive los cambios con tristeza, desaliento y falta de valentía, porque interpreta las oportunidades como amenazas. Así, derrapa por la vida.

El *éucrata* es algo feliz, pero no del todo. Son personalidades poco atractivas cuyo ejemplo, con frecuencia, no lleva a la admiración ni a la imitación. Tienen poca capacidad de transmitir a los de su alrededor los valores que ellos mismos viven, porque los interpretan como imposiciones no asimiladas.

El virtuoso



Leyendo los ejemplos anteriores parece que no haya espacio para la felicidad. Sin embargo, Aristóteles señala que la felicidad la alcanza el *virtuoso*, que desea lo que es bueno según la recta razón y lo hace. El gráfico nos indica que tiene equilibradas y desarrolladas las tres potencias (inteligencia, sentimientos y voluntad). Desea lo verdaderamente bueno por el hecho de ser bueno, y su voluntad secunda siempre lo que la razón le muestra como tal. Así, el *virtuoso* sabe lo que es bueno, está entrenado para llevarlo a cabo y lo hace porque precisamente el bien es lo que le gusta, así es que no hay ninguna ruptura interior. Sabe lo que debe hacer, cómo debe hacerlo y cuándo. En lenguaje coloquial diríamos que el *virtuoso* es aquel que hace siempre lo que le da la gana, le da la gana hacer lo que es bueno, y justamente eso es lo que le gusta. Es indestructible y libre precisamente porque tanto su voluntad como sus pasiones siguen lo que la inteligencia le muestra como bueno.

Para ser *virtuoso* es necesario, en primer lugar, tener criterio, conocimiento del bien y del mal y capacidad para percibir la realidad con objetividad. Esto implica cuestionar formas de pensar, aunque sean mayoritarias, y buscar siempre la verdad, que coincide con lo que es mejor para él, le desarrolla como persona y le humaniza. En segundo lugar, hay que educar los gustos, sentimientos y pasiones para que busquen aquello que es verdaderamente bueno. Por último, hace falta tener el suficiente dominio de la voluntad para secundar aquello que la inteligencia presenta como bien y actuar en consecuencia. El *virtuoso*, al gobernar sus emociones, sentimientos y afectos e impedir que éstos le gobiernen a él, puede desarrollar sus competencias hasta niveles máximos. Sabe sacar partido de todo y es más realista porque todo lo ve con objetividad. Acepta las circunstancias y sabe aprovechar las contradicciones, porque en todo encuentra aquello que conviene y, como es justamente aquello que quiere, está siempre contento. La virtud se transmite por ósmosis, es decir, viéndola en otros y comunicando a los demás su atractividad y necesidad para la propia realización personal.

El virtuoso es capaz de amar, porque se conoce, se acepta y se ama a sí mismo, conoce sus puntos fuertes y áreas de mejora y puede, por tanto, entender a los demás. Es capaz de trascender su foco de atención de sí mismo al otro y une su deseo de felicidad a la realidad del otro. Desea que el otro sea feliz y colabora en su felicidad en lo que puede. Es capaz de superar el egoísmo del amor inicial y de preocuparse y ocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo para sumergirse en la felicidad, sino que desea el bien de la persona que ama, por lo que está dispuesto al sacrificio, y tiene la voluntad y autocontrol suficiente como para lograrlo. Es feliz como consecuencia de todo ello.

El amor⁸ se materializa en vínculos personales de mayor o menor calado. El compromiso se va generando según nuestra forma de enfocar la vida y el amor, según la estructura de los motivos que nos mueven a la acción. Asociar amor tan sólo a pasión, emoción y sentimiento es ignorar que somos seres humanos dotados de inteligencia y voluntad, y que para nuestra armonía y equilibrio, los tres deben estar proporcionados y unidos. El amor, entendido en su sentido más amplio, va unido al compromiso. La gran paradoja es que cuando el *virtuoso* se compromete y responsabiliza, lo hace desde la máxima libertad, porque “le da la gana”, y quiere el bien del otro⁹. El *virtuoso* es capaz de amar de forma incondicional, porque desarrolla la capacidad de querer a la otra persona tal como es, sabiendo que tiene “techos”, que no es perfecta y que nunca lo será, pero está dispuesto a acompañarla en su camino para ayudarle a alcanzar su excelencia. Este tipo de amor le impulsa a superar y a estar por encima de los errores que comete el otro. Se libera de ellos, haciéndose más capaz de ser feliz: los errores ajenos le hacen más fuerte y magnánimo, con lo que muchas cosas no le impactan porque las sublima, las mejora, les da la vuelta y ve su parte positiva en el propio crecimiento personal. Este aprendizaje hace que el *virtuoso* sea “capaz de” muchas más cosas, porque incluso los defectos de los demás le ayudan a construirse.

Conclusión

La felicidad humana depende de cuán humanos somos, es decir, cuanto más capaces seamos de conocer y amar de modo alineado, equilibrando inteligencia, sentimientos y voluntad, más felices seremos. Pascal decía: «El corazón tiene razones que la razón no entiende». Por eso hay que entrenarlo y aprender a utilizarlo de forma inteligente. Hay que saber frenar –o dejar en cuarentena– la motivación espontánea y dar paso a la motivación racional por motivos trascendentes, es decir, descubrir en cada decisión las necesidades del otro y lo que conviene hacer en cada ocasión con independencia del grado de apetencia de esa acción.

⁸ *Ibidem*, pág. 91.

⁹ *Ibidem*, pág. 92.